

¿PUEDEN DARME UN Amén?

Orar en público no tiene por qué ser como si nos extrajeran una muela

Hace poco, después de la Misa, el celebrante me agradeció haber respondido durante la liturgia. ¿Qué tal? Mi, ejem, volumen natural le vino muy bien esta vez a alguien más que a mí. Entrenado desde niño por las Hermanas Dominicas, he respondido siempre de manera enérgica [a las oraciones], pero ésta era la primera vez que alguien me daba las gracias por ello.

Qué bueno que sucedió, pero en cierto modo, qué triste también. De por sí resulta extraño que tantos sacerdotes hoy en día en el santuario se vean obligados a agradecer a la gente por venir (como si estuviéramos haciendo un favor a alguien más además de nosotros por estar ahí); ahora un sacerdote me agradecía a mí simplemente por hacer aquello para lo que fui a hacer ahí—responder a las plegarias de la Misa.

Con todo, entendí por qué el Padre estaba agradecido, porque después del Gran Amén fue perceptible cuán desilusionado estaba con la respuesta de la mayoría de los presentes. De hecho, él incluso dio a todos una segunda oportunidad. Fue algo así como:

Sacerdote: “¡A Ti Padre, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos!”

Pueblo: “Mm.”

Sacerdote: “Por los siglos de LOS SIGLOS.”

Pueblo: “Umm, amén.”

En todo caso, ahí estábamos después de la Misa: el Padre, el hombre que habla fuerte y la familia del hombre que habla fuerte. Al conversar, el Padre expresó su perplejidad por los fieles que comulgan todos los días y que sólo susurran a través de la Misa, pero rezan en voz alta en el grupo del Rosario que se reúne después.

Esto llevó a una discusión sobre la Misa en general—una discusión que nuestro hijo intentó valientemente encontrar interesante, pero se dio por vencido y prefirió sentarse en una banca a esperar a que terminara. La conversación giró entonces sobre el efecto positivo que las celebraciones católicas de matrimonios y funerales a menudo causan en los no católicos. Sabiendo que con ese tema mamá y papá ya tenían para entretenerse un buen rato, nuestro hijo se preparó para una larga espera.

Ey, se trata de un tema interesante. La gente puede tener una letanía de diferencias con nosotros [los católicos], pero todos concuerdan que nadie une o entierra a la gente como lo hace la Iglesia Católica.

Para ilustrar el hecho, el Padre nos contó de un sacerdote amigo quien acudió una vez a un hospital a petición de la familia de un hombre agonizante. Él no conocía al paciente; simplemente estaba de guardia y la familia había pedido un sacerdote.

Al llegar al número de habitación que le habían dado, el Padre saludó a los que se habían congregado alrededor del lecho del hombre y luego administró a éste la Unción de los Enfermos. Cuando le preguntó al agonizante si tenía algún pecado del que quisiera arrepentirse, el hombre pidió a sus familiares que abandonaran la habitación. Él confesó algunos pecados, recibió la absolución y todos volvieron a entrar.

Cuando se cumplió el rito, el sacerdote preguntó a los familiares a qué parroquia pertenecían,

puesto que no reconoció su apellido. La esposa del hombre le dijo: "OH, nosotros no somos católicos, Padre. Somos bautistas."

El buen sacerdote se sonrojó y verificó el número de habitación, temiendo que había colocado a esta gente tan atenta y amable en la incómoda postura de tener que soportar a un papista perdido que tocó por error a la habitación.

"OH, no, Padre, usted está en el lugar correcto," le dijo la mujer. "Nosotros enviamos por usted porque sabemos que la Iglesia Católica tiene algo especial para ayudar a las personas cuando están muriendo. La Iglesia Bautista no tiene nada así y nosotros lo queríamos para mi esposo."

El sacerdote estaba estupefacto. El hombre había reconocido sus pecados con tanta naturalidad y recibió el sacramento con tal aceptación, que nunca se le ocurrió que el tipo no fuera católico.

Lo que nos dice esta anécdota es que la Iglesia Católica tiene un alto perfil en el mundo cristiano. Somos aquello contra lo que protestan los protestantes, lo que los intriga y – según parece – lo que los lleva a hacer a un lado las diferencias ocasionalmente.

Significa también que los católicos estamos bajo los reflectores cada vez que hay no católicos alrededor durante esas ocasiones cuando se ora públicamente (i.e. los matrimonios y los funerales antes mencionados) donde es muy común que algunos no católicos se encuentren entre los congregados.

Como dijo el sacerdote que relató esta historia, dichas ocasiones son momentos de evangelización a través del ejemplo. Responder con convicción y una voz que se escuche puede hacer la diferencia en cuanto a la forma que sentimos la fe que practicamos y profesamos en la Misa.

No es necesario sonar como el rincón del amén en un encuentro de renovación; tan solo hablar claramente y con sinceridad durante la Misa puede significar mucho para mostrar a la gente que nosotros – tal como esa familia bautista en el hospital – entendemos que la Iglesia Católica tiene algo especial. ©

Tomado de la Revista envoy